

EDUARDO CAMINO

HABLAR A LOS JÓVENES DE DIOS

Desde la fragilidad, el grupo, la autenticidad y la alegría

SEKOTIA

© EDUARDO CAMINO, 2023
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2023

Primera edición: marzo de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Reflejos de Actualidad
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román
Maquetación: Miguel Andréu

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-18414-64-0
Depósito: CO-162-2023
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

PRIMERA PARTE. Idea de Dios y de lo religioso que flota en el ambiente	19
1. Las aguas de las que beben y en las que nadan	19
2. Los principales prejuicios sobre Dios y la religión.....	25
3. La idea de Dios y sus sucedáneos	31
SEGUNDA PARTE. Lo que les influye, lo que aman	37
1. Esencialmente sentimentales	39
2. La importancia del físico.....	43
3. Buscan ser aceptados	47
4. El valor de la amistad	51
5. Ansias de libertad.....	53
6. Continuamente conectados	55
7. Sexualmente pringados.....	59
8. Fiesta, música, alcohol (y <i>otras</i> drogas)	63
9. Un futuro laboral muy competitivo.....	67
10. La vida como reclamación de derechos.....	69
11. Una experiencia distinta: el voluntariado	71
12. Evitar a toda costa el sufrir	73
TERCERA PARTE. Te presento a Dios	75
1. No estás solo: «Pero a tu lado».....	77
2. Eres amado.....	85
3. Va de amistad.....	95
4. Ser feliz con un vino y un trozo de pan	103
5. Vive la fiesta, vive de fiesta.....	111
6. Atrévete a amar en serio.....	119
7. Rebeldes con causa	127

8. No hay gloria sin dolor	135
9. Tú eres Iglesia que mola: que los árboles no te impidan ver el bosque	141
10. <i>¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?</i>	147
EPÍLOGO. Desfile de modelos	151



*Para Pepa, Edu, Tere, Bernardo, Francesco,
Miguel, Álvaro, Jaime, Marta y Raquel,
que disfrutaron en un Camino de Santiago
del todo especial, de unos días inolvidables en
compañía de un Dios
que pasaba muy cerca de nosotros*

«Anunciamos las grandezas divinas,
a nuestro modo, balbuceando»
(san Gregorio Magno)

Hablamos de cambio generacional cuando un factor o una serie de factores logran cambiar el modo de vivir de una sociedad. Por ejemplo, una guerra, un revulsivo cultural como fue Mayo del 68, una crisis económica, el nacimiento de internet, etc. Hechos con suficiente entidad como para cambiar el modo de pensar, la toma de decisiones, la manera de vivir determinados aspectos, etc.

Así podemos hablar de la **Generación Baby boom**, que correspondería a los nacidos entre 1945 y 1955. Ahí están quienes han vibrado con la llegada del hombre a la luna, han presenciado el asesinato de JFK y bailado al ritmo de *The Beatles*. Muchos de ellos pasaron hambre. Eran contestatarios, rebosantes de ideales.

A ellos les sucedió la **Generación X**, los nacidos entre 1960 y 1985. Son los que han jugado al Monopoly, han visto *Grease*, el nacimiento de *Star Wars* y, a más de uno, se le pasó por la cabeza la idea de estudiar Económicas al ver la rapidez con que Mario Conde accedía a la presidencia de Banesto. Han vivido la caída del muro de Berlín, la televisión en color y la crisis económica.

Pero actualmente **estamos ante otra generación**. Se la ha denominado de muchas maneras: la generación del *copiar y pegar*, la del *arropa*, los *millennials* (si nacieron después de 1982 hasta 1996, frente a los de la *generación Z*, nacidos entre 1997 y 2015), la de *la pantalla*, la *del pulgar*, la de la comida rápida o *Generación Einstein* (a los nacidos a partir de 1988,

por su capacidad de procesar la información). Cada uno de estos términos hace referencia a una característica sobresaliente que los distingue de sus antepasados. A ellos están dedicadas estas páginas. Son los jóvenes que han visto Operación Triunfo, que han buscado pokemones, que han sufrido socialmente las consecuencias del atentado del 11S; los que han visto extenderse por el mundo la manzana de Apple, aquellos que solo han conocido los teléfonos de bolsillo. Nuestro estudio se centrará en ellos. Trataremos de analizar sus gustos, sus ideales, su manera de ser; trataremos de conocerles mejor para ver cómo presentarles de manera más conveniente la idea de Dios y de lo religioso, para que resulte más afín a sus intereses, más atractiva, más necesaria.

La juventud suele ser la etapa de las grandes preguntas, del primer amor, del idealismo, de la magnanimidad, de los sueños; cuando tenemos la impresión de que las ideas son suficientes para cambiar el mundo, cuando las fuerzas parecen ilimitadas y el cuerpo goza de su máximo esplendor. Son años en los que uno empieza a formarse sus propias ideas sobre lo bueno, lo justo, lo verdadero; años en los que se suele producir la primera gran discontinuidad con lo vivido hasta entonces y se empiezan a tomar las primeras decisiones relevantes sobre el propio futuro.

Se trata de un período donde los juicios toman cierto cariz de radicalidad porque la idea que uno posee de la realidad es aún bastante *difusa*. Todavía no se ha experimentado que el mundo está lleno de *grises* y que la diversidad suele ser una ganancia.

Dos instintos que hasta el momento permanecían incoados empiezan con fuerza a despertar: el de *autoafirmación* y el *sexual*. Uno desea ser considerado, sobresalir, hacerse notar, a la vez que busca a ese alguien con quien compartir la existencia, a quien entregarse.

Suele ser también la etapa de la vida donde se forjan grandes amistades. A esas edades no cuentan tanto las raíces familia-

res o el nivel económico como el compartir aficiones y *estar juntos*. Los jóvenes buscan ser reconocidos (una búsqueda que dura toda la vida) y, en esa búsqueda, el grupo de amigos juega un papel esencial. Es en el grupo, en la *pandilla*, donde suelen experimentar un primer reconocimiento fuera del ámbito familiar; ahí desempeñan un rol y se sienten útiles, acogidos. Sin embargo, a la hora de buscar ese reconocimiento, todavía pesa mucho sobre ellos el ambiente y las modas y, por tanto, corren el peligro de ser absorbidos por la masa, de permanecer en un estado de rebelión perpetua y absurda y, sobre todo, de encerrarse en sí mismos, percibiendo todo y a todos y como un derecho.

Muchos son los que en esta etapa comienzan a vivir fuera de sus hogares, a sentirse dueños de su vida, a saborear una libertad que —más allá de hacer lo que les viene en gana— busca la autenticidad, aunque sea una autenticidad con poca coherencia, constancia y sacrificio.

Los jóvenes son el futuro. Quien los observe podrá preverlo. Y aunque el objetivo de estas páginas no es tanto adivinarlo, hay que reconocer que ellos serán también el futuro de la Iglesia. Dios cuenta con ellos, como con las generaciones precedentes, para seguir difundiendo por todo el mundo su mensaje redentor de amor. Por tanto, ¿cuál sería el mejor camino para presentarles a ese Dios? ¿Cómo abrir sus corazones a la trascendencia? ¿Cómo transmitirles lo que no es susceptible de decir tan solo con palabras? ¿Cómo hacerles ver que la felicidad conlleva vivir con sentido, con un fin? ¿Cómo revelarles ese fin? ¿Cómo hablarles de lo invisible, de lo infinito?

He impartido multitud de clases, conferencias y programas educativos en colegios y universidades. He compartido y sigo compartiendo con cientos de jóvenes mi vida, ilusiones y proyectos, alegrías y malos tragos, *subidones y bajones*. He aprendido mucho de ellos: admiro su sencillez y naturalidad, su modo de detectar la autenticidad, su vitalidad, etc., al tiempo

que trato de abrirles horizontes, de echarles una mano con sus heridas y, sobre todo, de estar siempre ahí, en los buenos y no tan buenos momentos. Ciertamente, he mantenido con ellos miles de enriquecedoras conversaciones sobre la fe, Dios, la Iglesia, el sentido de la vida, el amor, el perdón, el dolor, la muerte y un largo etc., consciente de que para llegar a Dios hay tantos caminos como seres humanos.

En esas conversaciones he tenido presente que *creer* no es solo hacer cosas: es una manera de vivir, de afrontar la realidad. **La fe lo cambia todo**: el sentido de la vida, del dolor, el modo de disfrutar, de descansar, el valor del trabajo, hasta la manera de mirar. Por tanto, llegar a afirmar «creo» es un regalo; un regalo que, al menos, hay que desear. Un regalo que suele ser fruto de un conjunto de razonamientos, de experiencias, de *casualidades*, de amores, de sospechas, incluso de coincidencias: el corazón, al afirmar «creo», abraza impresiones, testimonios, deseos, otras vidas, hechos históricos, etc. que resuenan en la propia conciencia¹.

Además, hablarles de Dios es **hablarles de una persona** (bueno... de tres), y las personas no son tan susceptibles de demostraciones como de ser presentadas, por lo que esas con-

1 San J. H. Newman afirmaba en el libro de su vida, *Apologia pro vita sua*, que «si no fuera por esa voz que habla tan clara en mi conciencia, yo sería un ateo, un panteísta o un politeísta». Y sostenía que al asentimiento de fe, junto con la conciencia, contribuía también el sentido *ilativo*, es decir, ese sentido que permite dar certeza a verdades no demostrables científicamente. «El que nos ha creado ha querido que, en matemáticas, lleguemos a la certeza por medio de la rigurosa demostración; pero en la indagación religiosa hemos de llegar a la certeza por medio de probabilidades acumuladas. Él ha querido, digo, que obremos así y, queriéndolo, Él coopera con nosotros en nuestra acción, y así nos capacita para que hagamos lo que Él quiere que hagamos y, por poco que nuestra voluntad coopere con la suya, nos conduce a una certeza que se levanta por encima de la fuerza de nuestras conclusiones lógicas [—p. 158— ya que] toda la lógica del mundo no me hubiera hecho moverme hacia Roma más aprisa de lo que lo hice» (p. 137).

versaciones no dependen tanto de una técnica, sino de una vida que rebosa. No van de *vender algo*, sino de **mostrarles el amor que nos ha sido regalado**. De Dios se habla como de alguien en quien a uno le va la vida: como una madre habla de sus hijos o de la maravilla de esposo que tiene. Por lo que estas conversaciones están lejos del debate o la discusión: no existen vencedores ni vencidos.

Soy consciente del enorme potencial que late en la mayoría de sus vidas, por lo que analizados desde nuestro punto de vista, desde nuestra vida vivida, nos podrían parecer un tanto... pero al profundizar en sus vidas y conocerles mejor... «nos parecen superficiales. Ellos tienen interés. Nos parecen indiferentes. Están llenos de pasión. Nos quedamos paralizados ante la avalancha informativa. Ellos se sienten como pez en el agua de la sociedad de la información 24/7. Nosotros aprendemos de forma lineal atendiéndonos a patrones fijos. Ellos aprenden de forma lateral por asociaciones de ideas. Nosotros esperamos que alguien nos explique cómo hay que hacerlo. Ellos investigan y descubren cómo quieren hacerlo. Nosotros reducimos la ciencia a una caja de trucos. Ellos pueden abordar materias infinitamente más complejas. Nosotros aceptamos que el mundo no es justo. Ellos consideran la justicia como el más alto de los valores. Nosotros no los tomamos en serio. Ellos respetan a todo aquel que es auténtico y sincero. Nosotros aleccionamos y esperamos que ellos escuchen. Ellos se comunican entre sí. Nosotros somos solistas. Ellos viven, aprenden y trabajan en red. Nosotros dejamos que nos tomen el pelo. Ellos no. Nosotros miramos este mundo con desconcierto. Ellos saben mejor que nosotros cómo funciona»².

Efectivamente, al observarlos desde las generaciones anteriores, nos parecen vagos, pasotas, frívolos y superficiales, materialistas y mimados, egoístas y egocéntricos. Incapaces de

2 J. BOSCHMA, *Generación Einstein. Más listos, más rápidos y más sociables. Comunicar con los jóvenes del s.XXI*, Gestión 2000, p. 14.

concentrarse, de fijar su atención en algo, carentes de interés, irresponsables. Pero también son capaces de tener diez ventanas del ordenador abiertas. De contestar una llamada, comprar un billete de bus y escuchar música al mismo tiempo. Son sociales, se implican en los que le interesa, buscan relacionarse, son prácticos, les gusta la funcionalidad. Exigen lealtad. Buscan y detectan enseguida la autenticidad. Es cierto que *desean* ser libres (ellos dirían *auténticos*), pero una libertad en fraternidad, en compañía, no en plan *Hacia rutas salvajes*³. Para ellos, pertenecer a un grupo (de amigos) es algo a lo que dan mucha importancia. Les gusta la fiesta y el estar juntos. Son bulliciosos. Y es que ven (y por eso valoran) la realidad de otra manera. Una realidad no tan cargada de relaciones y de experiencia. Y aunque vivimos en el mismo mundo, el suyo y el nuestro son diversos. Ellos lo perciben de una manera más precisa.

A lo largo del libro saldrán muchas características donde, con mayor o menor intensidad, podremos ver reflejada la juventud de hoy, pero querríamos ya anticipar que, de cara al objetivo que nos hemos propuesto, hay cuatro que destacan, que laten y recorren la mayoría de las páginas de este libro y que dan lugar al subtítulo: **la fragilidad, el grupo (donde forjan amistades), la autenticidad y la alegría**. Son como las cuatro patas que sustentan al resto. Son las claves de sus vidas. Son la puerta por la que, en nuestra opinión, puede abrirse paso más fácilmente la idea de Dios y de lo religioso. Son como el hilo escondido que teje el resto. De este modo, la apuesta por evangelizarles requerirá, sobre todo, el reconocimiento de la propia fragilidad, un trato personal con Jesucristo de verdadera amistad, la autenticidad de vida y la transmisión del cristianismo en términos de alegría.

3 Película de 2007 que refleja la vida, a principios de los noventa, del joven Christopher, quien abandona a los suyos y llega en solitario hasta Alaska en busca del sentido de la libertad y de la vida.

En primer lugar destaca la **fragilidad**, porque así como vemos necesario partir de un conocimiento lo más objetivo posible de la juventud actual, es obvio que, en una personalidad todavía por hacer, destaque la fragilidad. Decía Platón: «El principio es lo más importante en toda obra, sobre todo cuando se trata de criaturas jóvenes y tiernas. Pues se hallan en la época en que se dejan moldear más fácilmente y admiten cualquier impresión que se quiera dejar grabada en ellas»⁴.

Somos frágiles. Manipulables. Somos pecadores. Nos engañamos. Necesitamos ayuda: alguien que nos eleve, que nos sane, que nos lleve más allá de nosotros mismos, donde moran nuestros sueños y anhelos más profundos, alguien que nos salve. Y ese Alguien es Dios.

En segundo lugar destaca la necesidad de una **amistad**, de un compartir con alguien la misma vida, la búsqueda de alguien con quien estar a gusto y, en la mayoría de los jóvenes, todo ello suele desembocar en el **grupo** de amigos. El grupo es clave. Les ayuda en su paso del ámbito familiar al mundo. Ahí son reconocidos, valorados, estimados. Ahí son queridos. Ahí conviven con sus mejores amigos. Es más, para ellos, el relativismo les ha llevado a eso, a llegar a formar ese conjunto de personas de las que se pueden fiar, con quienes pueden compartir sus dudas y proyectos.

Bajo este deseo, bajo este planteamiento, juegan un papel esencial todas las instituciones de la Iglesia que les tratan. Y al mostrarles a Jesucristo como su mejor amigo, esa *necesidad de grupo* la tendrían que acabar encontrando en alguna parte de la Iglesia.

En tercer lugar, destaca la **autenticidad**. La buscan. Buscan que tú seas tú; como quieras, pero tú. No quieren ser imitadores de los demás. Admiran la búsqueda por la propia manera de hacer las cosas. No finjas, no actúes delante de ellos; lo notarán enseguida. Una autenticidad que muchas veces, por su

4 PLATÓN, *República* II, 377b.

gran carga emocional, identifican con la pasión con la que les transmites las cosas.

En este sentido, hoy, más que nunca, el mensaje cristiano necesita ser transmitido con la propia vida, con una vida que luche *auténticamente* por parecerse a la de Jesucristo. «No hagáis tanto caso a lo que digo como a lo que me veis hacer». Reclama unidad de vida: unidad entre lo exterior y lo interior, unidad entre el comportamiento privado y el público, etc.

Y en último término, destaca la **alegría** (vivacidad). Buscan la fiesta. Están llenos de vitalidad. Se sienten rápidamente atraídos por ambientes donde perciben *buen rollo*. Y aquí el mensaje cristiano tiene mucho que decirles: es una noticia sustancialmente alegre, que quiere facilitarnos la vida, consolar-nos en las penas, acompañarnos hasta el final, tendernos una mano en las pruebas y ver con optimismo hasta la más negra de las situaciones. Los cristianos saben que combaten una guerra que ya ha sido ganada por Cristo en la Cruz pero, sobre todo, se saben alegres porque son hijos de Dios.

En estos últimos años, a la hora de hablar a los jóvenes de Dios, han proliferado los testimonios, el contar la propia experiencia personal, así como el empleo de un lenguaje más cercano. Estas páginas —insistimos— intentan complementar esos esfuerzos con una única idea: **partir de aquello que les mueve, que les importa. Conocerles mejor para ayudarles mejor.**

«El mayor error que podríamos cometer en Keesie Internacional⁵ sería presentar una propuesta creativa a un cliente sin comprobar previamente su efecto entre los jóvenes. Y efectivamente lo cometimos hace algunos años en nuestra oficina de Holanda. Desarrollamos una campaña para un cliente

5 Keesie es la agencia de comunicación líder en el *target* infantil y juvenil. Cuenta con oficinas en Ámsterdam, Róterdam y Barcelona. Jeroen Boschma, su cofundador, publica el libro *Generación Einstein* (anteriormente citado) tras más de diez años de conversaciones con los jóvenes y de estudiar de su mundo, hábitos, modos de pensar, de elegir, etc.

y confiamos en nuestra intuición porque hacía mucho tiempo que Keesie trabajaba exclusivamente para la juventud. Con tantos años de experiencia, datos, estudios y noticias ¡teníamos que saber cómo pensaba el grupo objetivo de nuestro cliente! La presentación fue excelente. “Otro cliente satisfecho”, pensamos. Pero cuando después de la campaña, el cliente nos devolvió el formulario de evaluación nos dio una nota final de 4. ¡No nos lo podíamos creer! Pensamos que el cliente trabajaba con una escala de 1 al 5, con lo que nuestra nota equivaldría a un 8. Pero no fue así: la campaña no había funcionado, no habíamos sabido conectar con los jóvenes. A nosotros, el concepto nos parecía genial, pero habíamos cometido el mismo error sobre el que alertábamos a nuestros clientes: pensar en lugar de los jóvenes sin preguntarles directamente. Normalmente hacíamos estudios y *focus group*, pero desde aquella campaña son obligatorios, vitales, en nuestro trabajo. Preguntamos, escuchamos y aprendemos de los niños y de los jóvenes. Es la única manera de saber lo que realmente les interesa y cómo conectar con ellos»⁶.

Observarles, estudiar sus comportamientos pero, sobre todo, compartir sus vidas; la vida en su totalidad, con sus alegrías y angustias, con sus buenos y malos momentos. Ponerse en su lugar. Tratar de razonar como ellos. Preguntarse el porqué de sus comportamientos. La propuesta de estas páginas parte de una vida gozosamente compartida y dedicada a los jóvenes, de los que he aprendido y sigo aprendiendo tantas cosas.

Hace algunos años, un amigo me confesaba —medio en serio, medio en broma— que, tras un mes de convivencia con algunos universitarios, reflexionando sobre su comportamiento, había llegado a individuar hasta cinco acciones en las que no resultaba necesario insistirles: comer, dormir, escuchar música, jugar y buscar wifi. El resto de tareas entraban dentro de las *cosas* que sí había que recordarles: «Por favor, recoge la

6 J. BOSCHMA, *o. c.*, p. 7.

mesa», «tu habitación está hecha un asco», «¿puedes pasarme la jarra de agua?», «habíamos quedado hace diez minutos», «¿por qué no apagas las luces al dejar la sala?», etc. Para simplificar las cosas, *comer y jugar* parecen ser las dos vías por las que transcurren sus deseos.

Querer lo que ellos quieren. Ahí está la clave. Compartir ilusiones, proyectos, compartir la vida. Como aconsejaba san Juan Bosco: «Amad aquello que aman los jóvenes, y ellos aprenderán a amar lo que vosotros queréis que amen».

Así, el texto quedará dividido en tres partes⁷. En la primera, analizaremos la idea de Dios y de lo religioso que flota en el ambiente, lo que les ha influido para que vean a Dios como lo ven. En la segunda, estudiaremos sus deseos, lo que realmente buscan, lo que les mueve. Todo esto nos permitirá, en una tercera parte, ofrecer algunos puntos que les puedan ayudar a redescubrir la belleza y plenitud de la vida cristiana.

7 Aunque en muchos momentos me dirija directamente a los jóvenes, el texto está también pensado para quienes se ven implicados en su formación (padres, profesores, educadores) y para todos aquellos que estén vinculados o sintonicen con los problemas de la juventud actual (sociólogos, psicólogos, agentes de pastoral, asistentes sociales, etc.).

PRIMERA PARTE
IDEA DE DIOS Y DE LO RELIGIOSO
QUE FLOTA EN EL AMBIENTE

1. LAS AGUAS DE LAS QUE BEBEN
Y EN LAS QUE NADAN

Como apuntábamos, nos encontramos ante una juventud muy distinta, no ya de la de los ochenta, noventa... sino de otro siglo. A esas edades, como en cualquier otro tiempo, su personalidad (por desarrollar y abierta a cualquier tipo de influencias) es todavía muy susceptible de manipulación. Pero las aguas en las que actualmente beben y nadan siguen siendo las mismas de hace siglos: familia, educación y cultura. Estos tres factores, aunque presenten características muy diversas (según los países) a las de hace cincuenta o sesenta años (por no querer

alejarnos demasiado en el tiempo), siguen siendo las raíces que los han forjado y que marcarán su personalidad⁸.

Empecemos por el **entorno familiar**. En la actualidad, no pocos forman parte de una familia desestructurada: separaciones, divorcios, ausencia del padre, etc. Y siendo la familia el lugar privilegiado para formar en gratuidad, para percibir el amor incondicional, para aprender a darse, etc., la formación de la propia personalidad, su idea de felicidad, su futuro proyecto de matrimonio y de familia, queda muy condicionado por lo que han visto y vivido.

Los hijos, en vez de ser fruto del amor matrimonial, se han convertido en un mero proyecto. Además (al menos en el primer mundo), hay una tendencia a formarles proporcionándoles todo lo que quieren. Se piensa que formar bien es sinónimo de «que no les falte nada»⁹. En términos materiales, la calidad de vida hoy en día ha mejorado en muchos países. Muchos padres no tuvieron una vida tan cómoda y no quieren que sus hijos pasen por lo que ellos pasaron. Pero cuando lo que cuenta es solo el bienestar material, cuando no se practica el «hasta aquí» y se trata de evitar el dolor a toda costa, el resultado son hijos

8 Ahora bien, aunque estos tres tipos de *aguas* les influyan, no lo hacen de la misma manera. La familia (en la que he incluido en este caso las amistades), y secundariamente las escuelas, suelen ser las que más les «marcan» (sobre todo porque es ahí donde se les conoce mejor). Con todo, el ambiente cultural también les influye y mucho. Recordemos la famosa frase de Ortega: «Yo soy yo y mis circunstancias».

9 Tipo «buffet libre». Por ejemplo, a partir de cierta edad, los padres dejan una tarjeta bancaria a los hijos, una tarjeta que siempre tiene saldo y los *bizum*, como carcomas, van vaciándolas, sin muchas veces reflexionar sobre lo que cuestan las cosas. Cuando uno ha crecido en un ambiente familiar de estas características, al llegar a los 20-25 años gasta mientras tenga, sin perspectiva de futuro y sin necesidad de responder ante nadie.

frágiles, con falta de constancia y de fortaleza, de paciencia para casi todo¹⁰.

En el caso de que hayan padecido la ausencia del padre (como es él el que suele marcar los límites, transmitir seguridad, etc.), carecerán de estas importantes referencias. Es verdad que, en estos casos, la figura materna trata de paliar tal abandono, pero a veces lo hace con un amor excesivamente proteccionista que tampoco a la larga les favorecerá.

En segundo lugar, les influye sin duda **la formación**, los estudios recibidos. Aquí variará según el ideal y el plan del centro educativo en el que han realizado sus estudios y su aprovechamiento. En muchos centros educativos, la idea de Dios está ausente y la religión es una asignatura optativa, sin mayor importancia.

Y en tercer lugar, está el **ambiente cultural**. La cultura sigue proponiéndoles como ídolos y estandartes de felicidad los *clásicos cuatro*: fama, sexo, dinero y poder. ¡Falta trascendencia! Triunfar es conseguirlos, y fracasar es quedarse fuera del *sistema*. De un *sistema* que cada vez nos conoce más (al menos en lo que se refiere a nuestros gustos y preferencias) y, por tanto, nos controla más. Así, al tiempo que quiere transmitirnos *sensación de libertad*, de que somos nosotros los que decidimos, somos mucho más predecibles y, por tanto, más manipulables.

Ahora bien, de este ambiente cultural destacaría los siguientes tres rasgos. Estos tres (y no otros) porque, como veremos más adelante, son los que más influyen sobre su idea de Dios y de la religión:

a) **Sentimentalismo-hedonismo**. Se da demasiada importancia a lo que uno siente o deja de sentir. Es más, las distintas

10 J. ARANGUREN, en su artículo *La idea de formación* (29-III-2003) propone, dentro de las cuatro virtudes cardinales, este orden: empezar a formar a los hijos por la templanza (y su compañera íntima, la sobriedad), que fortalece la voluntad y relativiza el afán materialista. Seguir después con la fortaleza, virtud más propia de la juventud, etapa en la que toca enfrentarse con la realidad, para continuar luego con la justicia y la prudencia.

realidades miden muchas veces su veracidad por este rasero: algo no es ni verdadero ni bueno si no lo llego a sentir como tal. El vivir se convierte entonces en buscar sensaciones distintas, cada vez más intensas, y en evitar a toda costa el sufrimiento. Solo soy feliz si siento placer. La felicidad se convierte entonces en un *estar bien*. Y, en el fondo, es uno mismo el que, con el metro de su sentimiento, se autoproclama dueño y señor de la realidad: el sentimentalismo es una manera de limitar la felicidad (empobreciéndola) y de tratar de controlarla.

b) **Materialismo-utilitarismo.** Dado que a todo le ponemos un precio, también se lo ponemos a nuestro cuerpo. «¿Dígame lo que no es negociable?». Esta visión reduce lo bueno y verdadero a lo útil y más caro (en términos económicos), y la felicidad al *tener*: cuanto más tenga, más feliz seré. Se olvida así que lo más importante de la vida es regalado (lo que más llena es la gratuidad característica esencial del amor verdadero): el amor, la amistad, el perdón, la confianza, etc. De nuevo, uno mismo (pero ahora con el metro del dinero) vuelve a intentar autoproclamarse dueño y señor de la realidad, de esa realidad que ya solo se percibe desde un punto de vista material, reducida a un valor económico.

c) **Relativismo-pasotismo.** Puesto que lo bueno y verdadero no encuentran un reflejo en la realidad objetiva, simplemente dependen de cada uno (normalmente de sus gustos). La verdad puede cambiar cada minuto, cada día, cada año. Todo es relativo. Hoy puedo afirmar una cosa y mañana lo contrario. Las circunstancias, que el mero transcurrir del tiempo se encarga de que nunca sean exactamente las mismas, son las que me *autorizan* el cambio. Todo fluye. Mi opinión también.

Pero ese vaivén, ese subir y bajar, la posibilidad constante de cambio, desemboca necesariamente en el pasotismo, en el indiferentismo. El relativismo crea desconfianza, inseguridad, aumenta el número de miedos y, en muchos casos, la baja

autoestima¹¹. El relativista gasta saliva inútilmente y, sin darse cuenta, vuelve a ocupar el *centro de la pista* a la hora de interpretar y juzgar la realidad, aunque ahora sea una realidad que, cada vez le dice menos y que, con el paso del tiempo, dejará de interesarle.

Pero ¿qué tienen en común estos tres rasgos culturales? ¿Dónde desembocan? En un mismo pozo: empequeñecen al hombre encerrándolo en la celda de sí mismo. Solamente varía el material de los barrotes: placer, dinero o indiferencia. Y encerrado en el individualismo de su pequeño microcosmos, le dificultan la verdadera felicidad, esa que va a aceptarse, abrirse y recibir para dar. En el fondo, **pretenden robarle la trascendencia y, con ella, el jugo de la vida, borrar a Dios de nuestro horizonte, reducirle a una privilegiada y manipulable materia capaz de gozar.**

11 En España, el suicidio sigue siendo la principal causa de muerte entre los jóvenes.

2. LOS PRINCIPALES PREJUICIOS SOBRE DIOS Y LA RELIGIÓN

No podemos mirar hacia otro lado o autoengañarnos. «Si se quiere recristianizar la sociedad occidental mediante una nueva evangelización, hay que ser realistas. Hay que hacer una radiografía fidedigna que refleje verazmente el estado real de nuestra sociedad por lo que al hecho religioso se refiere; sin pesimismo ni derrotismos estériles y paralizantes, pero tampoco sin optimismos objetivamente infundados que no serían sino equivalentes a hacerse trampas a uno mismo cuando está jugando al solitario»¹².

Hoy en día vivimos en tiempos tolerantes, la libertad sigue siendo un reclamo, un valor fuerte y, además, en tiempos relativistas, porque vemos cambiar de verdad según cambian las circunstancias. Por consiguiente, creer **hoy en Dios no es tanto un problema de ateísmo, de rechazo de su existencia según unos argumentos racionales, sino de indiferentismo**¹³.

12 C. A. MARMELODA, *Cómo hablar de Dios como un ateo. La presencia de Dios en las sociedades posmodernas*, Sekotia 2021, pp. 239-240.

13 No me gusta hablar de Dios como de un *problema*. Si seguimos empleando esta palabra, la gente huirá, porque todo el mundo huye de los problemas. A nadie le gustan los problemas. Por eso prefiero, con G. Marcel en *El misterio del ser*, referirme a la existencia de Dios como un misterio y no como un problema.

Hoy, más que dialogar con ateos sobre lo divino, estamos ante indiferentes frente a lo religioso, les da lo mismo. Dios es una palabra vacía, ficticia, sin sentido. Como sostenía Hegel: «La palabra *Dios*, de por sí, no es más que una locución carente de sentido, un simple nombre». Y este indiferentismo se presenta como garante de la libertad y la tolerancia.

Vivimos en un mundo donde la mayoría de los medios de comunicación silencian a Dios o, cuando en contadas ocasiones lo mencionan, es para hacernos ver que ya no cuenta. No hay interés sobre Dios y *sus cosas*. Dialogar con el indiferentismo es más difícil que con el ateísmo; este segundo niega a Dios, mientras que el primero considera que hablar de Él es una pérdida de tiempo. Por tanto, la cuestión sobre la existencia de Dios hoy debe partir de la siguiente reflexión: ¿cómo despertar a un mundo dormido ante lo divino? ¿Cómo suscitar la necesidad de Dios? Hemos de tener en cuenta que, para los creyentes, Dios es lo más necesario¹⁴.

Ahora bien, si tuviésemos que ofrecer una radiografía de los prejuicios sobre Dios y la religión, diríamos que el indiferentismo religioso se alimenta o apoya en alguno de los siguientes argumentos:

1. La rivalidad con **el hombre**. Pasando de Dios, el hombre se queda solo, se encierra en su *yo*. En último término, esta soledad es la consecuencia de ver a Dios como un rival. Y se le considera un rival cuando se confunden dos conceptos: *ser* y *existencia*. Porque Dios no es que exista, como nosotros, sino que es el Ser con mayúscula, es decir, los demás o lo demás cuanto existe participa de su ser. Dios es el único Ser subsistente, no un *ser* entre otros. Él no pertenece al género del *ser* sino que es el fundamento de todo *ser*. Con otras palabras, Él no es algo del mundo, sino la razón de por qué ese algo existe, de por qué hay algo y no nada. Él es la razón por la cual nosotros existimos.

14 He tratado este tema en E. CAMINO, *No necesito a Dios. Desde la necesidad a la salvación*, Palabra 2020.

En estas páginas veremos cómo el misterio y la plenitud del hombre están en Dios. Le necesitamos para saber quiénes somos, de dónde venimos, qué nos pasa, por qué anhelamos lo que anhelamos, por qué hay dentro de nosotros esos deseos de eternidad y de amor incondicional. Ya lo decía R. Guardini: «Solo quien conoce a Dios conoce al hombre». Es en Cristo donde todos los valores humanos, donde todo lo realmente bueno, encuentra su grado máximo. Es en Él donde todos los valores que realmente llenan al hombre alcanzan su máxima expresión.

2. La rivalidad con **la ciencia**. Hoy lo religioso es percibido en muchos ambientes como una visión ignorante de la vida. Se piensa que los avances científicos logran explicar ya la vida en su totalidad. La materia, la energía o el universo lo explican todo. La fe, por tanto, no es necesaria. El hombre culto parece incompatible con el creyente.

Pero ciencia y fe no se contraponen. El cristianismo es la religión de la racionalidad. La fe llega donde nunca llegará la ciencia. El cristianismo no es un obstáculo para la ciencia moderna, es más, fue el cristianismo el que creó las condiciones en las que nació la ciencia moderna.

3. La rivalidad con una única verdad. Porque consideran que la religión, cuando pretende defender que solo existe su verdad, se convierte necesariamente en intolerante y, por tanto, en no democrática. Recordemos que vivimos en tiempos relativistas y tolerantes, tiempos con verdades *débiles*. Se la acusa, por tanto, de ser causante de guerras, de conflictos sociales. Y en esta línea, como un mal tolerado, se la quiere reducir al ámbito exclusivamente privado, al de la propia conciencia. Se quiere anular la presencia de lo religioso en el ámbito público.

Ahora bien, la verdad es que ha habido mucha más gente asesinada en nombre de un estado secular que en nombre de la religión. Es mentira sostener que las personas religiosas sean las culpables de la violencia en el mundo.

Poseer la verdad, como un don, no supone imponerla a nadie. En este sentido, hoy se hace más oportuno mostrar el cristianismo no como una opción entre otras, sino a través de las notas que lo hacen distinto a las demás, a través de su núcleo. Un núcleo que va de amar a los enemigos y de perdonar sin límites. No olvidemos que es el amor lo que hace creíble el mensaje cristiano. Un mensaje que se puede medir viendo cómo ha transformado el mundo, cómo promueve la tolerancia, el diálogo paciente y el respeto a la libertad personal. Dentro de la Iglesia existe una gran pluralidad.

4. La rivalidad con **el mal**. El dolor de los inocentes es causa de la increencia de muchos, ya que ven esta situación como incompatible con un Dios Creador, Todopoderoso y Bueno. Ahora bien, dos ideas sobre qué es el mal y la relación entre el amor y la libertad, pueden arrojar algo de luz al misterio del mal.

El misterio del mal se esclarece al comprender lo que es el mal y la libertad. El mal es la ausencia de un bien debido o necesario. Por ejemplo, uno dice que se encuentra mal porque carece de buena salud. El mal necesita que el bien preexista, pues el mal solo puede existir si previamente existe la naturaleza del bien. El mal no es, pues, una realidad primaria ni simultánea, es una realidad secundaria y derivada que debe su ser a una carencia. Entendido así, se podría entonces decir que la existencia del mal en el mundo, lejos de negar a Dios, muestra su existencia.

Respecto a la libertad, hay que comprender que Dios ha querido que el hombre se realizase en el amor y, para ello, necesariamente, debía crearlo libre: solo es auténtico el amor que nace de la libertad. «En cierto sentido, se puede decir que frente a la libertad humana Dios ha querido hacerse "impotente"», sostenía san Juan Pablo II en *Cruzando el umbral de la esperanza*.

Quiero añadir simplemente que, en muchas ocasiones, solo ese dolor es el que nos permite abrir el diálogo con los indiferentes en materia religiosa. Indudablemente, el desastre del

COVID y el número de víctimas que se ha cobrado habrán hecho pensar a más de uno, pero da la impresión de que la gran mayoría lo ha vivido como una tormenta pasada, un mal inevitable que se ha campeado como se ha podido, y sin llegar a suscitar preguntas más trascendentes.

5. La rivalidad con **el sexo**. Por último, señalaría la rivalidad con un mensaje moral demasiado exigente, sobre todo en materia sexual. A esta visión, en el fondo, ha contribuido la tensión ascética con la que han sido formadas varias generaciones de cristianos: un anhelo por tender siempre a la perfección, desconociendo la fragilidad humana. Esto, en algunos casos, ha llevado a ver los mandamientos como una lesión a la libertad humana: toda prohibición moral, en vez de impulsar y promover al hombre, es vista como aquello que recorta y reprime su actuar. La moral sexual es la que, sobre todo, se ve como represión. Se ve como algo caduco o como algo imposible de cumplir.

A esta visión han contribuido los escándalos dentro de la Iglesia: «Ni los propios cristianos son capaces de vivir lo que dicen». Y también están las crisis de familia: los matrimonios o no se contraen o se retrasan, y cada vez son menos los que lo contraen por el rito de la Iglesia católica. Es más, el número de divorcios, incluso entre los que se casaron por ese rito, va en aumento.

Lo que hay que plantear, pues, es el mensaje cristiano en su raíz liberadora y alegre. Mostrarlo en su defensa del amor verdadero y en su elevada opinión del cuerpo, templo de la divinidad. En fin, como veremos a lo largo de estas páginas, sin Dios no hay buen sexo, no logra disfrutarse tanto como podría hacerse.

En mi opinión, estas son, de una manera muy escueta y casi telegráfica, las principales objeciones a la idea de Dios o a la religión que flotan en el ambiente, objeciones que también afectan y se plantean muchos jóvenes.

3. LA IDEA DE DIOS Y SUS SUCEDÁNEOS

En primer lugar, considero de justicia mencionar a tantos abuelos que, en la medida de sus posibilidades, han tratado de paliar el vacío de formación cristiana de sus nietos. En muchos hogares, la idea de Dios está ausente; en otros, queda cierta práctica religiosa, pero reducida a momentos concretos (bautizos, primeras comuniones, etc.) o a fechas puntuales (quizá la misa de los domingos y en Navidad, Pascua, etc.). Si bien se mantienen esas prácticas, ni se reza juntos, ni son hogares donde se *piense* en cristiano (a la hora de dar gracias, de abordar los problemas o dificultades cotidianas).

Lo que todavía proliferan son las fiestas (y costumbres) populares de carácter religioso, sobre todo en Semana Santa, y la celebración concreta (patrón o patrona) de cada pueblo o nación. En algunos países, esas tradiciones, expresiones de la cultura de otra época, se encuentran tan encarnadas en la vida de los pueblos y ciudades, que al **laicismo** le cuesta mucho extirparlas por su mezcla de lo religioso con lo festivo¹⁵. Quizá contraste el estar ensañando durante meses el toque de tambor

15 El laicismo es la doctrina que trata de vaciar de contenido religioso al Estado y la sociedad. Cuando hablemos de la fiesta, del festejar, comprenderemos también que esas tradiciones son más difíciles de eliminar por su carácter festivo. En el fondo, todos necesitamos festejar

para salir en una procesión con el no pisar una iglesia el resto del año, o el pelearse y sentirse orgulloso de hacer de costalero en un paso de Semana Santa con la ausencia de toda práctica religiosa, pero... ¡que a nadie se le ocurra suprimir los tambores o esos preciosos pasos!

Con todo (y si tuviésemos que simplificar mucho la idea de Dios que flota en el ambiente), podríamos decir que la fe y lo religioso son algo que resta. **La visión de lo divino es negativa** (como ese humo del tabaco que no se tolera en muchas partes de la sociedad). No se trata ya de distinguir entre agnósticos, ateos, más o menos pasotas, ni tampoco el tipo de religión, simplemente se respira una idea tóxica de Dios¹⁶.

Este Dios no es partidario del hombre, de su felicidad, del disfrute y la diversión. Tratarle supone asumir más obligaciones de las que ya hay. Y si ya es difícil abrirse camino en esta vida, imagínate creer en otra. La fe no parece paliar las dificultades, sino añadir más.

Evidentemente, estamos ante **una idea de Dios muy moralista**. Un Dios *controlador y castigador*: aquel con el que se conversa solo en términos de bien y mal. Y que, cuando interviene, es para *recordarnos lo que es bueno o lo que hay que hacer*, aunque muchos no lo entiendan o no quieran hacerlo. Un Dios, sobre todo, con el que hay que cumplir o tratar de complacer (no vaya a ser que...). ¡Como si Dios necesitase de nuestras buenas obras! A un Dios así no se le ama, se le teme.

Muy ligado a este *sentimiento* sobre Dios está el hecho de que hablar de Él no resulte natural (como vimos, el laicismo tiende a **replegar la religión al ámbito privado**), sino algo que cuesta sacar y, el hacerlo, se percibe como una violación de la *privacy*. Sacar el *tema* es visto como una invasión en la pro-

16 Sigue llamando la atención (en contraste con ambientes de corte anglosajón) que, en Europa, lo religioso no sea visto socialmente como algo que suma. También es cierto que muchas veces este sentido negativo se refiere no tanto a lo religioso en general, como a la Iglesia católica en particular. Tal visión se debe, sobre todo, a ciertos temas de carácter moral: aborto, eutanasia, etc.

pia intimidad, alguien que osa traspasar la línea de lo políticamente correcto.

Ahora bien, los tres rasgos que en su momento dijimos impregnaban el ambiente cultural no han contribuido solo a formar una idea negativa de Dios, sino que cada uno de ellos ha aportado un falso matiz a la visión divina, la ha desvirtuado. Veámoslo.

Así, el sentimentalismo-hedonismo nos ha dejado un **Dios merengue**. Un Dios placentero, que sabe bien. Dios existiría en la medida en que lo siento. Y lo siento si *me siento bien* o a través de aquellos elementos que me ayuden a evadirme, desconectar o, de alguna manera, me transmitan paz. Por ejemplo, la música, el abrazarnos o cogernos de la mano, los ejercicios corporales de respiración, concentración, etc. Más que buscar a Dios, lo que se buscan son sensaciones positivas y placenteras de lo divino. *Crear* equivaldría a practicar técnicas de relajación, yoga, *mindfulness*, etc. Y rezar (conectar con Él) sería entonces recogerse, concentrarse hasta *sentirse bien*, huir del ruido, de lo ordinario, de lo que a uno le distrae o le estresa¹⁷.

En este sentido, llama la atención, al entrar en una gran librería y dirigirse a la sección de «religión» o «espiritualidad», comprobar cómo en las estanterías escasea el Catecismo de la Iglesia católica, textos de los últimos Papas o buenos libros de espiritualidad. En cambio, abundan títulos como *El poder de confiar en ti*, *El monje que vendió su Ferrari*, *Karma*, *Las bases del yoga*, etc.; páginas que mezclan el autocontrol, la autoayuda, con mil consejos para ser feliz y con un sinfín de recetas fáciles para lograr el *control del cuerpo y la mente*.

Por su parte, y muy relacionado con lo anterior, el materialismo-utilitarismo ha producido un **Dios supermercado** o centro comercial. Dios es visto como un producto ofertado por el

17 Quizás es porque, al pedir a Dios y no obtener respuesta, han buscado otros subterfugios, otros sucedáneos de oración. En el fondo, desconocen lo que es y la finalidad de la oración cristiana.

mercado, como una opción (entre otras posibles). Uno, al igual que hace cuando acude al súper, entra en la religión y adquiere aquello que le gusta (¿no vas a comprarlo todo, no?!). Es decir, no tienes por qué comerte toda la tarta, puedes pillar el trozo que prefieras. Todo depende de tus gustos y necesidades. Y aquellos trozos que no entiendes tanto, los más exigentes o arduos de *digerir*, los que más pueden llegar a dañar tu silueta, puedes dejarlos. Como resultado, tenemos una fe cómoda, como el traje que uno se hace a medida; una fe adaptada al gusto del consumidor. De ahí derivan afirmaciones como: «yo creo, pero no practico», o el ya clásico: «sí creo en Dios, pero no en la Iglesia».

Ahora bien, el verlo como un producto, hace que lo compre solo quien lo necesita. Y como el materialismo ha anestesiado a tantos, proporcionándoles un agradable estado de bienestar, una zona de confort que les ha permitido tener y vivir cómodamente en términos materiales, como los ha llenado de *cosas*, son muchos —como apuntábamos— los que **creen no necesitar a Dios**. Ya están bien así¹⁸.

Y, en tercer lugar, el relativismo-pasotismo ha engendrado al **Dios camaleónico**, el que se va adaptando a las diversas circunstancias. Aquí se ve más claramente que la fe queda para muchos reducida a cultura, a ese pedazo de costumbres, tradiciones y modas que se llevan en esa parte de tierra que les ha tocado vivir. Si has nacido en los Estados Unidos, lo más probable es que seas protestante; en Inglaterra, anglicano; en Japón, sintoísta; etc.

Estamos, en el fondo, ante un **Dios abuelita**, caracterizado por su infinita bondad (y un poco de *chocheo*) sin apenas exigencias, tolerante con *casi* todo. Así, son muchos los que piensan que da lo mismo una religión que otra porque más o menos todas dicen lo mismo (no dicen lo mismo, aunque pienso que las tres monoteístas tienen más elementos en común que

18 Son sus abuelos (y, hasta cierto punto, sus padres) los que rezaban más, al pasarlo peor, al carecer de ese bienestar del que ahora ellos gozan: la dureza de la vida une con Dios.

diferencias). Y cuidado con asegurar que la tuya es la buena, aparte de que eso lo dice cada uno de la suya; si insistes mucho, rápidamente eres tildado de *fundamentalista*, de persona poco tolerante, de alguien poco amante de la libertad... en fin, de mal ciudadano o persona *poco democrática*.

Por tanto, podemos concluir diciendo que **la idea de Dios que flota en el ambiente juvenil es vaga y confusa**. A las preguntas: ¿quién es Dios para ti?, ¿qué crees que es la fe?, etc. las respuestas son producto más de una intuición, de lo que otros les han contado, de un sentimiento, que de una convicción. No son temas a los que hayan dedicado tiempo de reflexión porque, en el fondo, no han logrado captar su atención, y no la han captado porque no captan todavía su carácter necesario. Además, esos tres sucedáneos de Dios tienen la misma raíz: la fe, la religión, Dios mismo; son **transferidos al reino de la subjetividad** en forma de lo que siento, de lo que puedo o no hacer, de lo que entiendo, etc.

Pero aun siendo una idea vaga y confusa para muchos, **siempre será una idea ineludible e imborrable**, ya que, dentro de esta realidad, también es cierto que hay ganas de autenticidad, de alegría y necesidad de superar la propia fragilidad. La verdad es que, estando así las cosas, el deseo de Dios pervive dentro de cada hombre: la necesidad de plenitud, el ansia de felicidad y paz perpetuas. Como decía el mismo A. Camus: «Nada puede desalentar el ansia de divinidad que hay en el corazón del hombre»¹⁹.

Así, por muy apartados de Dios que hoy nos parezcan los jóvenes, Dios actúa ya de alguna manera en ellos, tiene un plan para cada uno²⁰. San Juan Pablo II lo expresaba con estas pala-

19 A. CAMUS, *El hombre rebelde*, Alianza 1986, p. 171.

20 En esto consiste la doctrina de la inhabitación de la Trinidad en el alma y hace también referencia a lo que en teología se llama «creación continua»: Dios no nos ha creado en un momento determinado de la historia y luego se ha retirado. Su creación consiste en mantenernos continuamente en el ser, de tal manera que, en el hipotético caso de que Dios dejase por un instante de pensar en uno de nosotros, este se aniquilaría, dejaría en ese mismo instante de existir.

bras dirigidas a ellos en el 2000: «En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna»²¹.

En fin, esos mismos sucedáneos de Dios reflejan también el hambre hacia el Dios verdadero. Muchos quieren creer. Todos necesitamos trascendencia. Y cada vez son más lo que se sienten cansados de sucedáneos. El buscarse a sí mismo, el estar girando en torno a las propias cosas, el *ir de protagonista*, el no dejar de ocupar *la pista central*... al final cansa, limita horizontes, no acaba de llenar, te encierra en su microcosmos. ¡Tanto individualismo agota!

21 San JUAN PABLO II, *Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud 2000*, n. 5.

SEGUNDA PARTE

LO QUE LES INFLUYE, LO QUE AMAN

Una vez visto lo que ha forjado su incipiente personalidad, pasamos a describir algunos puntos o coordenadas que nos ayuden a comprenderles mejor. Con ellos, intentaremos describir lo que en el fondo les mueve, lo que les importa. Algunos están muy ligados entre sí. Además, muchos no pertenecen exclusivamente a la juventud, aunque quizás en esa época resulten más llamativos.

No son una crítica. Por ejemplo, tener unos sentimientos bien anclados en la realidad, cuidar el aspecto físico, tener muchos y buenos amigos, divertirse, saber disfrutar de lo que uno hace, etc. todo eso es tremendamente positivo.